

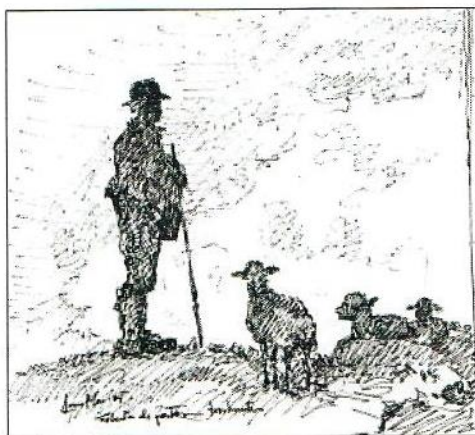
TIEMPO DE PASTORES Y CAÑADAS EN ABANILLA (VIVENCIAS PASTORILES) (I)

Fulgencio Saura Mira

Se abre Julio ante mí y me encuentro en el Estudio donde trabajo en unos encargos sobre lienzos y escribo unas ponencias para este otoño. Lo importante es que me siento bien aquí, en la soledad de un tiempo que es y ha sido algo necesario, además de incrustar en el alma evocaciones tenues y necesarias. Desde el espacio sucinto y tranquilo de este entorno sigo el giro de la luz que da sobre la terraza y oteo el azul del cielo, pinto con pinceladas sueltas efectos de luces y a veces salgo a mis amadas pedanías de Fortuna y Abanilla para tomar datos, conversar con sus gentes, mirar el paisaje que se desarrolla en su rasgo geográfico y sobre todo porque necesito vibrar con la naturaleza. Pienso como Rousseau que hay que volver a la naturaleza, que es necesario dar constancia del paisaje que nos envuelve para elevar el espíritu que se encuentra amargado ante la serie funesta del momento que vivimos.

Salgo de vez en vez a mis lugares favoritos. Hace unos días lo hice con el deseo de conversar con un amigo de la pedanía de Abanilla, la de enjundia arabesca cuyo nombre es Ricabacica. Me introduje

en la misma para dar con este viejecito pastor ya con mas de ochenta y tantos años, pero tan sólo vi a su mujer, que estaba llorando en una esquina de su casa que es un vergel. Doña Remedios Cutillas lloraba y se sentía mal, ¡pobrecilla! Su marido Carlos Rocamora Riquelme hacía unos días que había fallecido, de pronto se encontró mal y todo fue rápido. Comungida estuvo la mujer durante el tiempo que estuve con ella, la verdad es que yo también tuve que mostrar la amargura por esta ausencia, por el amigo pastor que desde su rinconada, con su bastón de haber llevado a sus ovejas no hace muchos meses, cuando lo conocí pintando en un rellano de loma, se mostró siempre muy agradable, pude contactar con él para que me contara su vida y me refirió hace algún tiempo algunas leyendas que deseaba pormenorizar ahora, pero ya he llegado tarde. Su viuda doña Remedios le llora como yo mismo, pues era Carlos un buen hombre. amante de su esposa y de su familia, vivió una vida, como ella me dice, llena de intensidad, pues aunque nacieron en esta pedanía sin embargo tuvo que irse a Francia en distintas épocas de la vendimia para traer un tanto de dinero a su tierra, pero fue pastor y tenía un sucinto rebaño, conocía perfectamente cada vaguada, rincón del Chicamo, cualquier recodo de sus parajes que amaba y que oteaba muchas veces desde su casa que se eleva sobre un montículo y se domina la rambla que divide el paisaje lleno de palmeras, porque aquí, -me decía-, es donde mejor se vive esto es un auténtico paraíso. Una mañana invernal en que estuve pintando un lienzo de una casa en ruinas cercana a la suya, me habló de la crónica de la misma, de que en su interior había una bodega que ahora



es una ruina, pero sus viejas paredes se mantienen nobles, como me gusta mirar estas casas del campesinado que todavía pululan por el paisaje abanillero. Era don Carlos un hombre bueno, de raza, y su mujer algo especial, pues me contaba cuitas de su pasado, relatos de la pedanía y sus molinos y almazaras, de la forma de recoger la almendra y la oliva, de todo lo que a lo largo de sus años fue experimentando, como de ritos que antaño se hacían ante determinados momentos de la vida, y tenía en mente escribir unos Padrenuestros que hace tiempo se rezaban para espantar el mal, es decir esta pareja se había convertido para mí en algo especial, la quería y el pastor se sentaba junto al horno de pan cocer para hablarme de sus cosas pasadas y presentes, se sentaba y ponía su pierna izquierda sobre una silla pues tenía un problema circulatorio, la mujer lo llevaba de vez en cuando al médico de Abanilla para que le reconociera y cuando mejor se encontraba se lo llevó Dios a su Paraíso.

Se murió el 25 de Mayo y lo enterraron al día siguiente. Su casa ahora es distinta, se encuentra sola, ausente, incluso su perrito faldero está acurrucado en una esquina desde que no lo acaricia su amo. Me despedí de la viuda y acaricié al perro que cariñosamente se me acercó y en su mirada reconocí el amor que le tenía a Carlos Rocamora, el pastor que se acercó a mí en una mañana cuando pintaba en Ricabacica.

UNA CITA CON EL PAISAJE DE ABANILLA DESDE SU ESENCIA PASTORIL

*"La vieja cañada borrada,
Arteria de Iberia en que late
La vida escondida del alma
Que el pasar de la mesta pace"
Unamuno.*

Sin mas preámbulo tuve que dejar a mi amiga metida en su llanto por la



ausencia de su marido, para continuar ruta hacia El Tollé, ya que tenía cita con el único pastor que se encuentra en esta pedanía que linda con la Umbría, zonas paisajísticas que me llenan de encanto y forman parte de mis paisajes favoritos, acaso por el silencio que se domina en su espacio, por la presencia de valles y cañadas, montes y lomas que secundan toda esta geografía que aún está inédita. Por sus sendas discurren enfoques diversos, se encuentran barrancos y cursa su turno el recóndito y seco río Chicamo, que es tan esencial como identificador de esta tierra que envuelve cientos de costados, se desgarran en el desfiladero del Cager, se tiñe de rojo en sus piedras minerales o se decanta en espacios blancos en sus yesares, cerca de cuatro, entre Macisvenda y la Umbría, cuyas ruinas se destacan entre terrazas de montaña o se notan al paso por el puerto de la Yesera.

Se dignifican estos valles y altozanos, sierras y barrancos por el tratamiento que el ser humano le ha ido dando a lo largo de los siglos, desde época inmemorial que penetra en el Paleolítico y cuyo enfoque no podemos anotar, pero sí anunciar la soltura de su empaque como algo que va gestionando una nomenclatura de sitios, cuevas, remansos, vaguadas, cañadas ancestrales y sendas por donde acudían los viejos trashumantes, que en

nuestra zona se diferenciaban de aquellos sucintos y versados en el arte del pastoreo, de la clásica Mesta castellana.

Nosotros en nuestras investigaciones por lo largo y ancho de esta tierra que nos remonta a la vieja Fabaniella que en el medievo pertenecía a los calatravos, vamos dando datos y trazando algunos capítulos inéditos de su crónica, templando cuitas sobre algunos aspectos que quedan por estudiar, a veces lo hacemos por una necesidad que nos hace buscar hitos interesantes de su pasado envolvente, porque todo este paisaje de sierras y barrancadas, de vaguadas y agostaderos o invernaderos, de fuentes y abrevaderos, de majales y cucos dispuestos como moradas rústicas del pastor, conforman algo que estaba en la memoria de su protagonista mas importante, del pastor que trashumaba por los alrededores, que transitaba con sus ovejas generalmente, para llevarlas a pastar, a veces las dejaban durante una noche en la montaña cercana en tanto el pastor tornaba a su morada para volver, a la mañana siguiente con ellas. Se trataba de una trashumancia especial que nada tiene que ver con la castellana o de diversas regiones españolas que mantienen sus cabañas en un haz de rutas y cañadas dignas de tener en cuenta, que se ha ido estudiando en profundidad incidiendo sus autores en la necesidad de la defensa de estos resortes del pastoreo, de un pasado rico que se integra en un reconocimiento de las Vías Pecuarias que mantienen sus resortes y se han de defender a ultranza.

Para ello conviene sin duda que demos, aunque sea en breves trazos, una crónica de lo que ha sido el que fuera Honrado Concejo de La Mesta, sin cuyo contacto sería vidrioso entender todo el montaje de una ganadería que estaba defendida por el poder real y por una nobleza, ello a través de la época medieval hasta que en el año 1836 se extingue,

dando lugar a la creación de la Asociación General de Ganadería que supuso la muerte de la Mesta castellana y de todo tipo de asociación de pastores.

Es Alfonso X quien en el siglo XIII crea la Mesta, dando normas sobre la misma como organización de ganaderos que tenían una labor importante, sobre todo como materia de riqueza para el monarca al establecer una serie de servicios, sobre todo de pago de alcabalas que redundaban en beneficio de la corona, máxime cuando se enfoca toda esta organización a favor de la corona real, siendo la Cabaña real y a su vez las cañadas por las que transitaba el ganado, sobre todo el ovino lanar que tanta riqueza diera a la corona. Es indudable que la trashumancia mesteña referida a la zona castellano leonesa tiene sus hondas raíces que se ajustan a todo un tratamiento defensivo de estos amigos de la ganadería que se ocupan en modelar y unir para su fortalecimiento, lo que forja todo un haz de poses y presencias, de recreaciones al contacto con la tierra capaz de engarzar con una específica cultura que halla su densa fisonomía en nuestros mas alejados ancestros, y mas aún se ha convertido en algo que envuelve fragancias arcádicas muy en relación con aquella famosa edad dorada a la que se refiere Cervantes en la Primera Parte del Quijote, incluso son insistentes las alusiones de la genial obra en torno a rebaños y tensiones entre aquellos, por razón de quimeras soñolientas en la perturbada mente del Caballero de la Triste Figura, aunque sin embargo formen parte de una crónica que late en el siglo XVII, época controvertida y donde la trashumancia conjuga intereses de nobles que dejan mucho que desear. Pero el tono de esta organización pudo conectarse con espacios muy saludables en nuestra historia, como anota fragmentos de elementos pastoriles muy fecundos para la versión recreadora y lírica de nuestro si-

glo de Oro donde las citas sobre la Mesta, en torno a fiestas de pastores donde se asoma en los escenarios castellanos todo un efecto de espectacularidad lisonjera, traduce una manera de ser y de sentir el pueblo capaz de darle garbo y tono a la secuencia festiva de los pueblos y aldeas alejadas de la ciudad, con el toque rústico del baile y la tonadilla de rabel, en que se conjuga la tarde con la alegría de un campesinado curtido en los caminos de sus merindades, repleto de experiencias campestres que se enlazan con mañanas apacibles y crepúsculos adorables por los caminos de la España ancestral y trashumante.



Los sucesores de nuestro monarca sabio vislumbran la energía de este hacer solidario que presta un gran servicio a la monarquía, exige sus privilegios y forma todo un tramado, una malla de cañadas y caminos, de cordeles y senderos dignos de tenerse en cuenta en este momento, pero en estos siglos que comentamos resumen tensiones entre una nobleza que se asienta en sus propios intereses, que desdican mucho de la idea sustancial del pastor que se ve envuelto en muchas ocasiones en ellos con el perjuicio a que da lugar. Con los Trastámara precisamente se alimenta este gesto que empeora la

belleza de lo que iba siendo el concejo de la Mesta que regulan de una forma eficaz los monarcas Católicos añadiéndole lo del Honrado concejo, delimitando funciones y señalando obligaciones de los integrantes en sus oficios nómadas, cuya función delata un crecimiento de su empeño por afincarse en sus privilegios aspirando a que los pastores estuvieran exentos de los diezmos y portazgos, tanto a la iglesia como a los Ayuntamientos y nobles, aunque hay que pensar que precisamente gracias a estas alcabalas se pudo pergeñar todo un material artístico formidable a lo largo de los caminos de España donde el monasterio, la catedral o la casa de la nobleza forjan un tinglado de arte muy peculiar y básico, como hay que referenciar la riqueza de la lana en la cabaña ovina que dio al mundo referencias espléndidas desde la ubicación de la raza merina castellana, de tanto acopio, que son de fábula la orfebrería en torno a ella en los Países Bajos y otras localidades. Pero este empeño del pastor que trashuma y señala, espera y pernosta, sacude sus sandalias y se tapa con el abrigo lanar, que transcurre y crea su misma cultura, recita su cansancio por las tierras y valles, que agosta y busca el invernadero, que conjuga la soledad con las impregnaciones de las estrellas en sus viejas noches de trabajo; este personaje capaz de aguantar, resolver sus problemas, hacer el trato en las vaguadas con sus compañeros de turno, que sabe dirigirse hacia la montaña para pasar el invierno con su ganado, que abona a los dueños de las dehesas, que se recluye en las viejas moradas y sueña con su familia, también se siente en su soledad y a veces esgrime una flauta pergeñada por él mismo, para romper el silencio de la sierra, para decirle a la nieve y a los ecos de los farallones de los Pirineos abultados, que es capaz de resistir, que es capaz de lucir su oficio ante la majestad de Dios que se

encuentra donde transita y se embelesa con el verbo callado de las cosas que le rodean. Su figura ha sido esbelta y sumisa, como el rostro del pastor pintado por Fortuny tocando la flauta como el dios Pan, cuyo eco persigue la odisea mas entrañable de unos hombres que han prestado su mejor trabajo a España, siendo de Castilla o de Extremadura, de Galicia o de las tierras catalanas, de Andalucía o de Murcia, cuyo enfoque de trashumancia asimila gestos y queda aún por descubrir en base a sus Vías Pecuarias, tan inéditas como precisas y solícitas a mantener su impacto a todo nivel .Pero nuestro pastor, viejo rabadán castellano, sumido en su propio sentido de majestad asombrosa, todavía camina por tierras infinitas, nunca se tambalea su figura aunque se pierda en los majales olvidados y se nutra de su empaque, desde los otros canales del olvido. Porque la mesta ha sido un brote espléndido, una casta y una organización que se hace anotar en los cuadernos de los inspectores de aquella institución que ha ido a menos, que ha sido tratada en el siglo XVIII con su muestrario de racionalidad y sin la categoría que en la época medieval tomara, y esto nos lo indican los informes de Jovellanos y las apreciaciones de los escritores que desde sus mentes vislumbran otras formas, ello hasta que en el año 1836 se extingue la gloriosa Mesta y se de paso a la Asociación de Ganaderos cuyo rumbo va sembrando diversidad de criterios, ello ante la nueva civilización que desvirtúa aquel tiempo de pastoría y lo sustituye por otros caminos y otra forma de trashumancia a través del ferrocarril que, por supuesto mantiene cierta espectacularidad pero opera en descrédito de las ancestrales rutas pecuarias, de los viejos caminos y cañadas que nos imponen en su tratamiento y fueron elementos básicos de una comunicación cultural de envergadura.



En todo caso la Mesta conjuga su gracia en la ternura y poesía de sus personajes que le dieron gracia y pasión, pues el pastor y su ganado, su caminar hacia la dehesa, su formidable silueta que se otea en lontananza, a veces mientras nos asomamos a la ventana del tren donde viajamos, su semblanza nos impone a cada instante, en este tiempo de fragmentos apagados, pues el pastor con su rebaño nos sitúa en la grandeza de los que fue la gran institución ganadera, eje de algo pleno de magia que nos lleva a sentir el latido del hombre capaz de hacer el buen trato, de guardar el rebaño según las condiciones de su dueño, de componer acuerdos y finiquitar el negocio el día de San Miguel, pues que de ello trata el mismo monarca Sabio cuando en la Quinta Partida, ley XV, se refiere a este modo de comportarse, ya que tenía que guardar bien las ovejas...” pudieran en guardarlas bien e lealmente, de guisa: que non se pierdan, ni reciban daño de ninguna cosa por mengua de la que deban ellos facer, e deben de catar lugares convenientes, e buenos : do supieren que son las mas buenas pasturas: e buenas aguas por do los traygan según conviene a las sazones del año: tales en que puedan estorcer sin peligro de frío, e de las nieves del invierno; e de las calenturas del verano.”

Bien conocía el rey Alfonso X el tema de la trashumancia con sus recovecos y formas de vida que se traduce en estos párrafos legales lleno de sabiduría, pues que el pastor tiene su catecismo, sus deberes que ha de esgrimir en cada momento, bien a la hora de tratar con el dueño, como en el instante de concienciarse por si mismo en el modo de llevar su rebaño, desarrollando en cada momento una actividad auténtica en beneficio de su rebaño, ya que no tenía que recibir daño alguno y adecuarlos a los lugares convenientes tanto en las agosteras como en los invernaderos, buscando siempre las "mas buenas pasturas" pues que ello forma parte del buen hacer del pastor, de su filosofía vital que le marca su experiencia en los caminos, algo de lo que apenas se ha tratado pero que impregna su forma de ser. Y es que uno que mira el paisaje, que advierte en los campos, en las afueras de las pedanías ese robusto espacio paisajístico, coloca la figura del pastor en el trance mismo de su mejor apostura en el buen hacer su oficio, acaso uno de los mas ancestrales, que coloca al pastor en una densa plenitud de ser y expresarse cerca de la tierra que conoce como nadie, como a su vez a las ovejas que conduce por el siempre buen camino como nos señalan las parábolas del Evangelio cristiano en el que Jesús es el Buen Pastor, capaz de dar su vida por sus ovejas, por quienes le siguen en su doctrina y de aquí la semejanza con el pastor que trashuma, dirige a las mismas por valles y cañadas, en la terminología de nuestro Fray Luís, capaz de enraizar entre los nombres de Cristo en la figura del pastor, por aquello de dejar la grey en el valle oscuro, en soledad y llanto, aunque para el cristiano este valle oscuro de soledad y llanto puede convertirse en paraíso claro y envuelto en una luz que nos llega de la misma fe, capaz de envolverlo todo con el mensaje evangélico aprendido y fundido en nuestra manera de seguir la doctrina del Buen Pastor capaz

de morir por sus ovejas como El lo hizo en la Cruz, que es nuestra mejor tabla de salvación como dice san Agustín. Pues de tal forma el pastor o rabadán castellano, el que vemos portando a sus ovejas o ganado por los caminos viejos de nuestra trashumancia, nos deja el calor de una bella evocación que trasciende, es capaz de esgrimir pautas que se instalan en el vértice de nuestras creencias amén de formar parte de los ademanes mas auténticos y consolidados, ;aquellos que se integran en la mejor cultura y forma de vida desde la rusticidad, acompañada de la buena vecindad y el buen comer, el buen hacer y el bien satisfacerse en las cosas menudas que son las que se aprecian en la verdad del villano en su rincón, donde nada le envilece ni le conturba, a nadie envidia y tan solo está conviviendo con la belleza y la humildad de las cosas que le rodean. No apetece el progreso porque de por sí es destructivo, no se ampara mas que en la naturaleza que le rodea y con la que convive. Asiste este personaje de merindad y albarza, a sus ocios y trabajos, realiza la majestad de su elocuencia en dirigirse a sus ovejas silbando o con frases sueltas cerca de su perro fiel, no lleva en el corazón mas amor que el de su familia, ni mas anhelo que buscar el mejor pastizal para el rebaño que ha de tornar en la tarde a su morada.

Desde nuestro rey sabio autor de las Partidas y Cantigas a la Virgen, pasando por toda una normativa contenida en la Compilación Nueva y Novísima, la figura del pastor se funde en un ademán de sengo bucólico inspirado en el lenguaje del mismo personaje que habita en la tierra por la que camina y crea el sendero, se arrima al rellano y avista el silencio de una energía reveladora de lo cósmico capaz de estremecer y procurar el enlace con lo que se eleva y trasciende.

Hemos hablado de los privilegios que ostentaban la Mesta y ello es algo que adquiere importancia a lo largo de los siglos,

ya que los pastores habían de abonar el alvalá, entre otros impuesto, que el mismo Enrique I señala en su normativa, a la vez que anota rasgos en torno a las dehesas y entradas y salidas de trashumantes. Y nos consta que esta época se conforma toda una legislación en la que, entre otras cosas, se ocupa de la trashumancia que va a ... "hervajar a Murcia, Cartagena y Villena...", con lo que ya en el siglo XIV se desarrolla una trashumancia en estas zonas de levante, en donde había un excelente pastizal, siendo de competencia de los jueces las discusiones que se desarrollan entre dueños y pastores. Por esta época se delatan y confirman los famosos privilegios de la Mesta con la extinción del montazgo, portazgo y otros que recaían sobre estos personajes que carecían de tiempo porque tan solo iban atravesando la geografía española, recreando el paisaje, formando ese patrimonio tan consolidado y rico que conforma una manera de ser del habitante de los pueblos de España, de la entrañable Iberia en sus diversas acepciones, determinado razones de ligamentos entre pastores, bien en la forma de cofradía aragonesa, a través de el ligallo o en la forma de cerraja, en Teruel, como relatos de singladuras donde el valle del Segura configura un espacio de tránsito peculiar y desconocido, pero que tiene su prestancia y su peculiar factura.

Adentrarse en la Mesta, circunvalar su odisea e itinerario en sus grandes líneas o cañadas, es fundirse en la gran historia de nuestra patria, la solitaria y variopinta meseta conjurada por sus héroes y maltratada por los invasores, pero en todo caso plena de expresiones etnográficas y estéticas que recrean acciones pastoriles que nos elevan a la presencia romana de una inscripción sobre referencia pastoril, cuando, como se ha investigado, en Roma existían dos clases de pastorías: la villática y la agrestis, es decir las dos formas de ser de la trashumancia, la estan-

te y la montaraz que conviven y aportan una manera brillante de consolidación de este modo de vida económica.

Es indudable que cuanto de este tema se escriba deja un aroma de suaves añoranzas, como de sabor a montaña, a bruma de valle que se pierde en el horizonte, a aldaba escueta en el portón inédito de una villa del valle de Pa con encanto pasiego; cabe que nos acongoje la ruina pétreo de una morada de pastor abandonada, de algún mojón invadido por la apatía del hombre. Es posible que en nuestra andadura por caminos de nuestra amada España, tan vilipendiada en la actualidad, nos demos cuenta de que un sendero inédito entregado a su duende solitario nos induzca a catalogar cuitas de vida pastoril, incluso evocar viejos sentimientos de amores secretos y dulces palabras de tiernas nevaduras, o puede que en el vado se descuelguen de su ámbito sensaciones rurales, como de proverbio de paz que se enlaza con el paso de algún rebaño, bien en el recio valle de Broto, o en la campiña soñolienta de la Mancha, pero en todo caso estamos viviendo, intuendo una secuencia tan ancestral como propia y apenas si nos damos cuenta. Porque el pastor de nuestros amores ha sido el revelador de lo mágico, el estudioso de lo netamente popular y encantador que se aísla y recoge en la sencillez de la tierra que lo ha visto nacer, de aquí la presencia de una tonalidad, un modo de construir, una faceta de expresarse en los tiempos lúdicos que son, en definitiva los que proponen al ser humano ese espacio radical y lo consagra como tal.

Unamuno desde su visceral tratamiento de la palabra en torno a su Castilla, como lo será a su vez Azorín desde su tempo lento y huidizo, se refiere a la vieja cañada borrada, es decir al camino añoso de la Mesta por donde han caminado esos hombres del encanto y la mirada, los viejos héroes de nuestra historia,

capaces de llevar al lugar la dinastía de los siglos pretéritos. El paisaje castellano, como el leonés, el zamorano, catalán, el de Andalucía y el murciano, secunda esa raza de seres que se han instalado en sus coturnos de potencial itinerario, creando la cuita y la aleluya del límite, por donde se huele a demiurgo consolidado y a penate sufriente y amparador.

Son los caminos los que proclaman este carácter, ilustran de la semblanza de sus moradores que atentamente han ido escribiendo sobre sus surcos y orillas el milagro de hacer historia y completarla con su atuendo, con su musicalidad, con su tracto y elocuencia, pero mas todavía con el temple que abarrunta su crónica, dando vigor al paisaje que circunvala su entorno y es moldeado por él mismo. Caminos que apuntalan los riscos y empalman con fronteras. se elevan y se amansan en sosegados prados sorianos donde la vaguada crece y se alimenta el dueño con solo mirarla, pero son los caminos que siguen, se dan cita en cañadas amorosas que lucen sus prendas adorables, para que ni Salomón sienta envidia de sus ornamentos, porque la naturaleza es una gesta en común con el ser humano que la alienta a constituirse en una fiesta constante, en dar reclamo a las osadías de poetas capaces de poner a sus personajes en órbita y agudizar sus entrañas para el coloquio y la apoteosis de la palabra, como se arriman a las peñas amores encontrados entre Marcela y Crisóstomo, enamorado de la pastora, muerto de amor, dispuesto todo en un ropaje de gestos y formas de ser que declaman todo un engranaje de secuencias envueltas en una ternura infinita, como surge de pronto en lontananza el perfil del hombre que lleva a su rebaño en fidelidad de encaje, sentando broches de acopios fundidos en cantos de esquileos marcando el compás de una fiesta en lugarejo entrañable.

Son evocaciones que se amparan en

viejas letanías del lugar, aldeas sencillas por las que se acoge el caserón y se fatiga la dueña en asistir a partos de borregas, o se acuña el silente temor del lobo en la montaña que pone temblores en el alma del pastor y la pastora. Puede que se argumente la paz en el sillar donde crece el olmo vetusto que diera acogimiento a los viejos del lugar para señalar cuitas y reglar posturas de rebaños, desde san Juan de junio a San Miguel, para alentar el compañerismo desde los escaños de solidaridad ejemplar, como lo hicieran nuestros antepasados, quienes avistaron la costa de la península ibérica dejando su legado, porque hay todo un estilo de voz en ese conjugar el pasado con la experiencia desde la locuacidad de la senectud que, lejos de ser algo lánguido, señala luz en la vida del mas joven que intenta seguir el camino.

Por estos espacios de paisajes señeros he pasado la mirada y retenido el aliento de las formas que anidan en sus silencios, me he dejado arrebatar por los límites de jurisdicciones adorables embebidas en sus siglas agasajadas por los lares del lugar y me he dado cuenta de que la naturaleza, la geografía asentada en el camino, en la vereda y la cañada ha ido consolidando la sagrada presencia del hombre que habita sus parajes, por ello presiento el rumor de una santidad que se acurruca en sus rasgos, en la nomenclatura de su stirpe, saboreado los renglones que se anuncian en cada paso, con sus temblores y heridas, con sus asombros y rellanos acusados en sus propios avatares.

Y es que aunque se ha perdido aquel pasar del pastor hacia tierras apartadas, aquel encanto de acogimiento y de embelso por conjugar los caminos y dar cuenta del perfil del hombre en la llanura, se encaja en los lugares la silueta todavía limpia y segura de este personaje de la soledad y del instante eternal que trans-

curre aún por los vados, se nos presenta, de pronto cuando viajamos por espacios albaceteños, con su rostro profundo y sus mas de quinientas ovejas que torna al corral, como lo hacía el pastor Lucinio por el entorno de Isso, mientras me dirigía en mi vehículo a Elche de la Sierra, por cuyo ámbito se regocija el paisaje con su mueca formidable de sierras y veredas, vaguadas y pastizales que formulan la letería de una vieja trashumancia por esta geografía llena de pueblecitos adorables que conservan su encanto y disciplina en los eventos lúdicos que se consagran en el estío a dar constancia de su formidable elenco ganadero, deletreando el eco de aquellas formas de trashumar el pastor por las alturas de las sierras. Una de ellas, la de San Blas que adquiere distintas formas desde la visión que se tenga ajusta su encaje en la cercanía de Villares, la ancestral Guttar y Villacorto, cuyas aldeas se encierran en si y abren sus puertas al forastero para que se aproxime al tesoro que guarda en sus arcas que recorren veredas por la orilla del río preñado de taray, adelfas y ramajes silvestres, pues por su espacio, tan pintoresco como aspirante a lo paradisiaco, se revela el paso de viejos rebaños o se apuntalan las huellas de animales que bajan de la sierra milenaria, en cuya cúspide se otea el mundo.

Se abren las mismas gestas que se hicieron en siglos pasados por estos costados que enfundan la jurisdicción de Elche de la Sierra por donde, se dice, yace en su sepultura el inquieto Amilcar Barca y se retiene el eco de su paso por el lugar, entre tanto los estudiosos siguen buscando datos para su propio convencimiento. Pero se huele por el paisaje a paso de ganado y vereda entrañable en torno al corral, ya que como dice Covarrubias, en su Diccionario, vereda es el "... camino angosto hollado de bestias cavallares, de donde las postas se llamaron veredarios...", y es que la angostura de estos

rancieros caminos de polvo y cabra arrebutan una sutil remembranza de situación acostumbrada, de encuentro y razón de ser que nos infunde deleite, nos lleva a encuentros y aventuras sugerentes por las que penetra el tiempo pasado donde todo resplandecía y reajustaba a un ritmo del honor y de la vida. También aparece por el paisaje el robusto alcorcho cuyo tronco recio y cabal impone por su gracia y espaciosa sombra que aduce, hasta el punto que nos sirve de efigie para evocar la mas sabrosa alusión que a la vida antañona y potente, hace Don Quijote, soltando por su boca las mas hermosas palabras que se han podido escribir sobre la vieja edad dorada, ello con el sabor del tasajo de cabra y la buena bota de vino que su escudero Sancho destaca en el devenir de tan bellas argumentaciones, junto a los cinco pastores que se acogen al abrigo del árbol. Simplemente el olor de unas cuantas bellotas le hace asociar y vivir al Caballero del honor, toda una plegaria de escenarios y vida en común capaz de envolvernos en una rica expresión de alegría por la vida. Hay que volver de vez en vez al Capítulo XI de la Primera Parte del Quijote, para enhebrar el hilo de la mas hermosa disertación que mente haya hecho sobre la mas brillante forma de vida, donde no había envidia y todo formaba parte de la humanidad, sin los descalabros y desavenencias que constituyen hoy y siempre un escollo para la felicidad, y todo ello con el diorama de la mejor estampa campesina y pastoril que pintor puede arropar en sus lienzos, con el sabor a carne recién hecha en las brasas cercanas y el gustoso sabor del vino, todo ello dispuesto sobre una mesa tan simple y ornamental como la que los cabreros pergeñan en la majada, poniendo sobre una piedra el mantel de una piel de oveja, escanciándose el licor de Baco en un simple cuerno, que era, a la vez el mejor cuenco para

retener el vino y gustarlo directamente. Formidable envoltura que nos llevaría a consumir ecos de un lejano y cercano esbozo de vivencias sostenidas en buscados paisajes al alimón de tiempos fértiles y lúdicos, enredados con clamores de fiestas junto a aldeas de Soria y Ávila, desde entrañables posadas y tabernas con los encantadores olores de una gastronomía ajustada a la cultura del pastor. Que esta forma de ser del cabrero, como personaje que forma parte de tal retórica, aunque nunca pudiera comprender el simple y recio personaje en cuestión, sin embargo realza la catadura del momento y el entusiasmo cervantino por la trashumancia, por la vida sencilla que acomoda a esta gente de vereda y cordel, de descanso y tasajo de cabra comida en el sitio acostumbrado, de estos hombres que a la vez son diestros en hacer ungüentos y sanar zonas corporales enfermas, como lo hicieron en tal situación a D. Quijote curándole la oreja simplemente con hoja de romero mascada, con un poco de sal. Esta es la verdadera vida del pastor, del



que trashuma y dedica su tiempo a llevar a su rebaño al corral de sus amores, a la majada, morada del descanso y aún se queda cerca de sus ovejas para cuidarlas, mientras entretiene pergeñando un aditamento que servirá para lucirlo en la fiesta del pueblo, con la música de rabel y la dulzaina, en tanto que en el horizonte esperan nuevas citas con el paisaje que

se adorna con las mas sabrosas vestiduras del Creador.

La silueta del pastor emerge al atardecer junto a la de sus ovejas que se enmarcan en un delicioso empaque de diorama evocador, de tanta dulzura y simplicidad, que nos induce a reflexiones de místicas versiones capaces de procurar nobles pensamientos, de situarnos en el camino que nos acerca a la verdad cristiana, donde nos damos cuenta de lo efímero del tiempo que hay que disfrutarlo desde el instante, sentir que en cada hora se relame la fluencia de algo que nos sirve para encontrarnos a nosotros mismos, incluso que con en este devenir temporal acusamos la respuesta a la creación desde las experiencias recibidas, pues somos lo que hemos vivido, lo que podemos recrear en la vivencia `pasada que, de pronto se asoma y torna en su vigor, por la capacidad del arte, pues que estas siluetas que se nos aparecen de pronto, nos sumen en los otros perfiles de lo que trasciende, de lo que se instala en la intuición sabrosa del hombre, ante lo que le ennoblece y señala como imagen de Dios. El pastor cuya figura nos embriaga por esa magia que mantiene, acaso provocada por sus rasgos que se enmarcan en la misma naturaleza, personaje que va asumido en su silencioso caminar, con sus ovejas formando parte de esa cofradía de pastores que se nos presentan por cualquier parte, forma algo esencial en el paisaje, señalan hitos que al mismo D. Quijote y a su escudero le agradaban, una vez que desde la sensatez encontrada, vueltos a su aldea natal, aducen enroscarse en lo de ser pastores... "para pasar cantando la vida como unos príncipes,...". Y es que la vida del pastor es como la de un rey de la naturaleza .dejándose llevar por la única obligación de llevar, dirigir a su rebaño, a su ganado por veredas y cañadas donde se den los mejores pastizales, ello conforme ya señalaba el monarca sabio, cuya figura forma parte

de la vieja Mesta, de la que conforma los grados de pastoría y se arrebujá en las normas de un Fernando VI de noble discurso en torno a la trashumancia, desgajada ahora de su entronque espléndido de un pasado glorioso, pero que para nosotros conserva una riqueza magna de sentimientos, vivencias, espacios marcados por parajes y lugares espaciosos donde crece el fresno y se destaca el alcornoque con sus sombras rancias, donde se estrecha el desfiladero en los valles de la sierra del Segura, rica y desconocida, envuelta en viejos caseríos que nos atraen por la potencia de su historia, la narrativa en torno a la caza y pesca, como a las leyendas que se asoman por sus vertientes donde nacen fuentecillas que se esconde entre matorrales olvidados que hacen sonar el agua con su mágica soltura que después recrea el cristalino surco de sus riachuelos, por donde transcurren los pastores con sus rebaños hacia los corrales de Vicorto y Villares, remansos de soledad que nos embrujan con sus moradas aquilata-das por el roce de los siglos que le otorgan mayor engarce y belleza.

CUITAS PASTORILES POR LAS CAÑADAS DE ABANILLA

Es la vida pastoril, sin duda, la que nos atrae en este trayecto por la geografía de Abanilla, tan cercada de sierras como diestra y robusta en angulaciones y barrancadas, en vados y veredas que se pierden entre riscos y se abruman por la malla fabulosa de redes ahormadas en sus collados y sendas de polvo que se estructuren en rellanos sabrosos que apenas si son catalogados, pues en materia de las llamadas "Vías pecuarias" de esta zona geográfica, mucho queda por escribir y sobre todo por retener de boca del protagonista, en este caso, el pastor, sobre los rasgos peculiares de su itinerario llevando a su rebaño, generalmente ovino, por la cercanía de su hogar, bien sea desde Rica-

bacica, El Salado, El Partidor, El Tollé, Macisvenda o Barinas, entre otras pedanías de este municipio consolidado, cercano al de Fortuna, con su mueca de trashumancia vieja. Por eso creemos que es de interés investigar cuanto se pueda sobre la forma pastoril de Abanilla, sobre las rutas del pastor, su forma de hacer el camino, como buscar los modos relacionados con un folclore específico recargado de ciertas costumbres que son interesantes retomar. Nos servimos de las experiencias de los auténticos pastores de la tierra que por su edad nos pueden informar, como de nuestra propia vivencia sorteando los caminos a veces intransitables o de mejor comodidad, apurando el paisaje y buscando los encuadres por los que el pastor adecuaba su vida, bien en ese acontecer de parada junto a la fuente para dar bebida a sus ovejas, una fuente que a lo mejor ha desaparecido, o situando su figura en el vado por donde pastaban los animales, acaso en la zona del abrevadero que se encuentra deteriorado o tentando los surcos de un puente por donde pasaban las ovejas hacia el invernadero. Todo lo que podamos asimilar para resguardar del olvido el material de la cultura del pastor con su fragancia y musicalidad, todo aquel patrimonio que en el momento vigente se intenta recuperar de las viejas vías pecuarias tan desvanecidas. Pues todo ello nos va a servir apoyándonos en la diestra tesitura de los tratadistas que como Manuel del Río, en su famosa obra "Vida Pastoril" (1828), o Pedro García Martín, en su tantas veces citada "Cañadas, Cordeles y Veredas", nos puedan ilustrar de todo este empaque de encajes y maneras de ser de estos personajes a los que desde estas páginas ofrecemos nuestro mejor homenaje, a los pastores de Abanilla y sus cercanías, capaces de revolver los caminos y de señalar los hitos de la trashumancia versada en coloquial asombro de sentimientos y de digna presencia de contactos con el

ser que habita estos contornos, habitantes consagrados a sus tradiciones, que viven sus instantes de encuentros con el ayer y con los eventos festeros a los que aportan sus conocimientos.

Los pastores con los que hemos estado practican las llamadas artes de la curación, utilizando como el cabrero cervantino toda una serie de ungüentos que su experiencia le ha indicado, se trata de muleros, labriegos y dedicados al pastoreo en zonas de Abanilla y zonas ubicadas en Jumilla, en todo el paisaje de casas de labor que existen o incluso ya se han abandonado, quedando tan solo unas ruinas, como la denominada Casa del Hambre y otras en torno a veredas y cañadas. Que estas cosas las he oído de viva voz, me la han contado algunos de estos personajes que quedan y son auténticos ejemplos del viejo oficio. Se dice que el mulero cuando se ponía enferma la bestia utilizaba la "piel de culebra", que se hervía con leche, para lo cual se quitaba la piel a la culebra y limpiaba convenientemente, requemaba y hacía el ungüento. Con el rabo de gato se curaban heridas, como el mismo hombre con jed, amico y rabogato, pues como señala el refranero: "el hombre de campo con jed, amico y rabogato, ni muere cojo, ni manco", pero es que el hollín de la vieja chimenea es útil para estas menudencias, una vez que se muele y se pone sobre la herida, aunque antes se ha de untar la superficie con aceite de candil, porque es muy interesante recoger las telarañas que anidan en las rinconadas de los establos para cursar estas mezclas un tanto mágicas, acaso porque están plenas de un duende singular y milagroso que obra en determinadas circunstancias, como hay que coger aceite de afarranes con su aguijón para curar el dolor de orina, o encajar el hígado de zorro muy molido. Pero el pastor, siguiendo con sus obligaciones que quedan plasmadas en el Código alfoncino como hemos visto, estaba dispuesto

a encañar las roturas de las patas de la cabra y curar toda clase de heridas y enfermedades de su rebaño, para lo cual utilizaban todo aquello que estaba en su entorno. A este respecto Viñedo Rico pastor de estos andurriales conoce cientos de remedios al respecto, sobre todo en lo relativo al hollín de la chimenea mezclado con aceite, como los restos del escarabajo y el alacrán, como señala lo excelente que es la utilización de trozos de culebra —una vez seca— o asegura la eficacia del hígado de zorro para sanar calenturas.

Entre el dueño y el pastor se establecen ciertas relaciones como la "aniaga", pues consistía en una especie de sobresueldo, ciertos privilegios que ostentaba el pastor por cuidar de las ovejas, como dormir y comer en su vivienda, amén de recibir una fanega y dos celemines de trigo, etc.

A este respecto Morote Magán(1) en un estudio sobre medicina popular de la zona jumillana, se refiere a estas experiencias de pastores que, de otro lado hemos ido constatando en nuestros viajes por el contorno, pues da nota del sentido de la telaraña en los ungüentos para la curación de enfermedades de ovejas y ganado, sobre la manera de curación del aliacán y el mal de ojo con toda clase de artilugios y rezos, como en el hombre se quitan las verrugas frotando capullos de la flor de baladre que han de ser untadas con la sangre de la menstruación, Caben los conjuros y acciones determinadas como tirar piedras a las doce de la noche de San Juan. Y es que se da en esta zona de campo toda una enjundiosa tradición de cultura campesina muy relacionada con la cosecha, todo ello muy relacionado con juegos, como el del Abuelo, de la Lavandera, a la preñada, el Cachuplé y el juego del papel, que mantienen su tradición y todavía se da referencias en apartadas pedanías de la sierra del Carche, pues con la autora citada convenimos en que por estos contorno de campesina-

do se da constancia de ritos ancestrales donde se intuye una cultura pastoril de envergadura que, por desgracia se ha ido perdiendo(2), en desmérito de viejas referencias que nos hablan de un vigorizante contenido campesino, donde el valor de la familia y de los vecinos, es la presencia de algo que nos informaba de una serie de valores religiosos que la civilización urbana ha ido descoyuntando. Tal sucede en la presencia del luto entre los labradores, pues las mujeres lo mantenían hasta cuatro años. Ahora sabemos que apenas dura un año, incluso eran curiosas las oraciones a los agonizantes con la característica de incidir por los familiares en la necesidad de que a la abuela fallecida o a la madre o padre, no se lo llevara el diablo a su seno, dando lugar ello a una forma de rezo muy particular en sentido de decir las frases "retorneadas", incidiendo en que Satán no se pudiera llevar al fallecido a su terreno. Se iniciaba con un primer verso de los tres a los doce, para terminar en los trece rayos del sol... "que caigan y que le partan/ al demonio el corazón...". Se daba la "despedida del enfermo", lo que nos pone hiel en el alma cuando escuchamos este sonsonete en boca del viudo o de la viuda, pues encierra una honda sensación de soledad y de herida:

*"Adios esposa del alma,
Compañera de mi vida,
Adios parientes, hermanos
Y de toda mi familia..."(3)*

Una oración que los cristianos tenían que hacer todos los viernes del año.

Damos a veces con quien nos procuran rezos muy señalados, padrenuestros que inciden en la necesidad de procurar el bien frente al demonio del que siempre hay que huir, pues es quien promueve los malos efectos en la vida y acentúa la discordia junto con la presencia de la mala cosecha. Por ello ante el cementerio alguien se dispone a decir: "Buenos días, almas

mudas...", como se evocan a las Benditas Animas del Purgatorio, muy en relación con el "reloj de las Animas", oración de San Jerónimo, con súplicas a la Virgen del Carmen. Naturalmente que sobre la tradición para echar al diablo de nuestro entorno y por tanto evitar la mala cosecha o la pérdida de algo, es conveniente hacer una serie de rezos o pergeñar nudos en el pañuelo con el fin de atarle los huevos al diablo" (4), algo de lo que damos cuenta en algún trabajo, por lo que no nos vamos a extender en este punto.

Es importante advertir que en la zona en la que solemos acudir para nuestros encuentros con labriegos y pastores, en torno a Fortuna Jumilla y Abanilla, esta en particular por su encuadre y silueta paisajística, damos con personajes que nos ilustran de estas costumbres, nos hablan de leyendas que a veces se relacionan con versiones muy particulares, que se ponen en boca de personajes que vivieron los desastres de nuestra guerra civil, donde Abanilla estaba integrada en zona roja y en su ámbito se desarrollaron acciones tremebundas, como asesinatos de familiares de Ricabacica en el sitio de los Arcos, de donde provienen leyendas muy relacionadas con aquella molicie, algo que me contaba un pastor que falleció no ha mucho y al que le llora su viuda. Pero es que además todo este sugestivo paisaje nos embelesa y está lleno de un lenguaje muy atractivo en relación con la cultura rural, con la sequía, con las ramblas en torno al Chicamo que desde su nacimiento en Macisvenda sigue su curso atravesando el desfiladero del Cager, para centrarse en el Parador y desvirtuarse en dos acequias que riegan su esplendorosa huerta del sahués con todo el sabor que mantiene el Regador, capaz de poner orden en las tandas y buen saber hacer, pues que ello le viene de los moros, como el nombre de las pedanías que se asientan en el paisaje envuelto en palmeras, olivares y al-

mendros que ponen en su derredor magnos molinos y almazaras, algo que junto a las bodegas de buen vino enlaza con su patrimonio natural Pero a su vez no podemos olvidar todo el tinglado de veredas angostas, de cañadas que relatan desde sus sierras apretadas y lejanas, toda una puesta en marcha de vestigio trashumante, dentro de la peculiaridad de cada zona, dejando un acopio de caminos a veces intransitables, o sencillamente desconocidos y que tan solo acudiendo al pastor es posible recoger, con el fin de que nuestras generaciones futuras puedan advertir la riqueza de esta forma de ser del pastor y su hacer.

Nos sumen muchas veces en melancolía las conclusiones a que nos llevan los estudiosos de esta materia de trashumancia, ante la degradación de las vías pecuarias de esta o aquella zona, pero en el fondo tenemos que admitir el desorden en este ámbito, la tibieza de los organismos por tratar de dar forma a las rutas de pastores, de señalar con eficacia enfoques y puntos que eran básicos en el itinerario de la cabaña; sus encuadres y sitios de andadura por los que el pastor convivía con sus ovejas, les daba cuidados y se citaba con su compañero en ocasiones de agostar o invernar hacia zonas determinadas. La verdad es que tenemos que inquietarnos por ello y dar paso a quienes desde su soledad van intentando recrear todo un pasado, relatar las etapas del camino en su devenir hacia el ocaso, porque en verdad que: "La trashumancia se muere. Las cañadas languidecen, se llenan de roturas, se vacían de pastores y rebaños. Las alternativas de ocio, artesanía y educación medioambiental no les devolverán la vitalidad de antaño, pero al menos, las indultarán de de su desaparición mediante usos afines al conservadurismo activo. Sólo así sus nombres no caerán en el olvido."(4)

Precisamente en honor de quienes desean saborear el esquema del viejo

pastoreo, dar cuenta de aquellos gratos momentos del paso de ganados, evocar la silueta del pastor castellano o de nuestras tierras, encontrar dulces sintonías con el paisaje en su radical compostura y delectación, dejando eco de algo que tuvo vida propia, que como dice Natalino Paona nos ha legado una cultura de gran interés ;es por lo que nos vamos a adentrar en el interior del paisaje de Abanilla, perder por su vados y caseríos mas apartados para hablar con el pastor, con esa figura tan mimada antaño y que en la actualidad está un tanto olvidada y ello por la necesidad de acurrucar la mirada en unos aspectos que se están olvidando y que proclaman por otra parte algo de nuestra atención para imprimirle carácter a aquella forma de ser de nuestra tierra.

Naturalmente nuestra intención es volver a las viejas vías pecuarias que todavía observamos por los caminos y vados, acercarnos a las majadas del pastor que, desde su soledad sigue conservando sus antiguas costumbres, recuerda con esmero los caminos apretados por los que llevaba a pastar a su rebaño, conoce aquellos gestos y formas de actuar, de sentirse unido a su familia, en una relación directa con la cabaña, preocupado en sacar cada mañana a sus ovejas por el prado, hasta la cumbre del montículo cercano para pasar las horas convenientes en el lugar y tornar después a su morada. Esta es la actividad en general del pastor de Abanilla, quien por otro lado mantiene sus cometidos fundamentales, algunos de ellos se encuentran casi apartados de su oficio por causas de enfermedad o de confraternidad entre ellos, quienes en el pasado conformaban una hermandad que les aseguraba una serie de franquicias, sólo que en este siglo el pastoreo no tiene porvenir.

A veces, en nuestro viaje por el paisaje buscado y retenido, desde Fortuna a la Cañada del Trigo por señalar unos trazos

del mismo, damos con escorzos pastoriles que nos animan a nuestra investigación y nos animamos para continuar en este hermoso trance de seguir las pisadas del viejo trashumante, aunque dentro de las posibilidades que se nos ofrece, pero es grata la tarea de avistar el rebaño, dejarse llevar por su belleza en la soledad de la cañada, fijarse en la silueta del pastor que con su garrota, manta de invierno, su sombrero y su rostro enigmático, con el zurrón o albarda pergeñada de esparto en la zona de Caprés, sigue su rumbo amparándose en las sierras y resguardándose en las sombras de los riscos, fundiéndose en las cuevas que se extienden en su derredor, por las que se daba cita el romántico Jaime El Barbudo con sus secuaces, capaz de robarle a los muleros y dar el dinero de la venta de sus mulos a los mas pobres. A veces encontramos por nuestra ruta fuentes que nos indican encuentros de pastores y ovejas que descansan de su caminata, entonces asistimos a la versión de una viñeta pastoril con el pastor cansado que mira y cuenta y recuenta a sus ovejas. Es la hora del pequeño descanso, pero hay que continuar por la sierra acostumbrada, dejando su huella hasta que termine su faena, al crepúsculo, en esa hora del Ángelus en que, como en el célebre cuadro, el pastor se refugia en sí mismo para rezar un tanto, mientras sus ovejas siguen recogidas en la vaguada.

Por la zona de El Tollé se observa un caserón vetusto en la cima de un leve montículo cercano a la carretera, sobre el que se asienta un sucinto establo. Esta zona pertenecía a los Linfante y ahora la casona la mantiene un pastor del lugar, Eugenio Ruiz, que a su edad y con cierta enfermedad tan solo se dedica a unas cuantas cabras que, eso sí, cuida amorosamente.

Ya hacía tiempo que en mis acercamientos a estas pedanías bellas y recogidas, en pos de tomar apuntes para mis acuarelas y contactos con su gente, di de bruces con

este escorzo de paisaje que conserva los viejos atavíos de lo rústico, pues todo se funde entre ruinas que antaño formaban parte de corrales que, sin duda, acogían a cientos de ovejas, ello cuando el padre de Eugenio, Cándido Ruiz Ramírez sentó plaza de pastor en la Umbría, de ello hace mas de treinta años cuando el paraje estaba pleno de señales relacionadas con el pastor y su forma de vida. Era la época en que se daba una trashumancia activa reconocida por la serie de caminos y veredas que desde Orihuela llegaban a esta zona, utilizando cañadas de silente cata-dura, que se encontraban en el contorno del río Chícamo. Realmente hundirse por la Umbría es retomar el pasado, viviendo goces exquisitos por sus ramblas y veredas que se estrujan por ciertos laberintos que tan solo el pastor conoce, sabe de su desenvoltura y atisba los renglones que se acomodan a su paso, sintiendo la soledad de mañanas y tardes, porque si el paisaje se avista desde su grandeza, sin embargo en su intimidad se desgaja y resiste a entregarse al viajero que en ocasiones, puede encontrarse en un callejón sin salida, inquietarse ante el laberinto de cañas, humedales y vados. Pero cuando parte en ruta junto al pastor todo cambia y el camino queda en una hermosa aventura capaz de deleitar y poner timbre de honor en su gesta. La verdad es que cuando se ama a la naturaleza no importan estas situaciones difíciles, porque a la postre se intuye la grandeza de la aventura, tanto en la mar como en la sierra, en estos itinerarios buscando la fuente o el abrevadero, el hito o mojón y la cabaña para guarecerse en la noche invernal, que todos estos elementos conforman la ruta por las cañadas que vamos cursando a la vera de nuestro amigo Eugenio Ruiz, sin duda versado en su tarea de caminar, paso a paso, por estos caminos llenos de encanto y generosa elocuencia, digna de recordarse.

Continuará...